

JUNTA DIRECTIVA

PRESIDENTE

Giovanni García Martínez

VICEPRESIDENTE

María Patricia Arbeláez Montoya

SECRETARIO GENERAL

Juan Guillermo Tamayo Maya

TESORERO

Juan Carlos Restrepo Gutiérrez

SECRETARIA DE ACTAS

Ligia Montoya Echeverri

VOCALES

Luis Javier Castro Naranjo
Luis Fernando García Moreno

EDITOR

Mario Melguizo Bermúdez

EDITOR DE ARTE

Carlos Alberto Calderón Gallego

Anales de la Academia de Medicina de
Medellín no es responsable de las opiniones
expuestas por los autores.

Deseamos establecer canje
We wish to establish an exchange
Nous souhaitons établir un échange
Wir wünschen den Austausch einzurichten
Desideriamo stabilire cambio
Desejamos estabelecer intercâmbio

EDITORIAL

Rafael
Elejalde
Salazar



“La muerte es algo que no debemos temer porque, mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos.”

Antonio Machado

QUE LA VIDA no tiene sentido puesto que la muerte finalmente vendrá a destruirlo todo, afirman algunos. Pero el carácter de la finitud es la que llena nuestra vida de realizaciones, precisamente porque el tiempo es limitado y tenemos un plazo definido para actuar.

Rafael Elejalde vivió su vida intensamente, pero tan intensamente, que el tiempo le alcanzó para realizar lo que cualquiera de nosotros hubiera necesitado tres vidas. Y tal vez ni tres, ni cuatro, pues fue muy productivo su andar por este mundo. Diré lo que el papa Juan Pablo II le dijo a Tony Meléndez, el guitarrista ecuatoriano sin brazos que aprendió a tocar con los pies: *“Rafael, cuando Dios te hizo se demoró un segundo más haciéndote a ti que a todos los demás mortales”*.

Era inquisitivo, amigo incondicional, crítico, inventor, contradictor, contundente, franco, cabeciduro, denunciante de las injusticias y de lo no ético en el ejercicio de la medicina. Defensor de la verdad. No le gustaban las medias tintas. Chesterfield, estadista británico y hombre de letras, decía: *“lo que vale la pena hacer, vale la pena hacerlo bien”*. Y esta afirmación fue, en la vida de Rafael, un derrotero. Una constante.

El servicio a los pacientes era una de las cosas más importantes en su vida. Juzguen por esta respuesta a uno de mis mensajes: *“Estoy en deuda de contestar y agradecer mensajes como los tuyos que se entraron al alma, he pospuesto su respuesta, porque me encontré forzado a usar todo el tiempo en*

Cómo citar: Melguizo-Bermúdez, Mario (2023). Editorial. Rafael Elejalde Salazar. Anales de la Academia de Medicina de Medellín (An Acad Med Medellín) 19(2):4-5.
DOI: <https://doi.org/10.56684/ammd/2023.2.18>

el servicio médico a los pacientes. Enviaré mi escrito, el que leí al agradecer la maravillosa e inmerecida Medalla de Oro. Mientras tenga un tiempito, para dejar de ser médico y volverme humano...”

Quiso mucho a nuestra Academia y veía en todos ustedes el *summun* del conocimiento. Y tuvimos el gran honor de ascenderlo de Correspondiente a Honorario, en un gesto de reconocimiento de parte de todos ustedes, a sus realizaciones. Y no olvidaremos, cuando hace un mes escaso, escuchamos, al filo de la lágrima, sus palabras de agradecimiento al recibir la Medalla de Oro de la Academia, máxima distinción que otorga nuestra Corporación.

Y era un amigo incondicional. Los invito a leer, si no lo han leído ya, el artículo escrito por él como un homenaje póstumo a su gran amigo César Augusto Giraldo, académico también de grandes quilates, quien nos dejó a su vez recientemente. Léanlo, que es un culto a la amistad. Compartieron Rafael y César Augusto muchas inquietudes intelectuales. En uno de sus apartes dijo Rafael: *“Cualquier día, recientemente, supimos que César murió. Definitiva y finalmente él y yo no compartiremos más, pero seguiré saboreando los recuerdos de quien influyó en mi vida de una manera definitiva y sólida. César fue agosto, fue un buen hombre que debe estar a la diestra de Dios, como lo estuvo en la tierra”*.

¡Quién iba a pensarlo!: *“Definitiva y finalmente Rafael y nosotros, los académicos, no compartiremos más, pero seguiremos saboreando los recuerdos de quien influyó en nuestra Academia de una manera definitiva y sólida”*.

Digamos con Jorge Manrique, quien cuando murió su padre hizo la siguiente copla:

“Recuerde el alma dormida
avive el seso y despierte
contemplando
cómo se pasa la vida
cómo se viene la muerte,
tan callando;
cuán presto se va el placer,
cómo, después de acordado,
da dolor”;

Se ha ido lejos Rafael...

Así pues, es necesario morir, es más, es inevitable. Y la vida es única e irrepetible y la vivimos una sola vez y al final debemos llegar cargados de realizaciones,

como lo hizo Rafael, y haber ejercido los valores que dan sentido a nuestra vida, lo cual logró con la suya.

Y digo también yo:

Vamos como a la espera,
nuestra ánfora está llena,
a punto de derramarse
para poner punto final
al duro batallar,
de nuestra trashumancia.

Esperar, esperar, esperar...
Los días pasan,
los nuestros y los vuestros,
en fila sin fin aparente,
pero alguien acecha,
sólo falta el lance
que haga exhalar, el último aire.

Esperar, esperar, esperar...
El cerebro se encoge
y en él no caben los recuerdos;
las arterias se endurecen
y no pasa por ellas el torrente vital;
las enfermedades vienen como dardos
y el dolor del cuerpo es infernal.

Esperar, esperar, esperar...
Brindemos por el fin del recorrido,
brindemos por la muerte blanca
que nos llevará al anca
hasta el borde del abismo.
El ánfora derrama sus primeras gotas,
—las gotas acumuladas de la vida—
y con ellas el alma nos convida
a marchar a tierras ignotas.
La espera ha terminado.
Rafael, ha terminado tu espera.

Como dice Pierre Teilhard de Chardin: no somos seres humanos que pasan por una experiencia espiritual... Somos seres espirituales que pasan por una experiencia humana...

Y termino muy coloquialmente:

“Adiós Rafael Elejalde,
te has ido sin despedirte,
pero ten la seguridad,
que no viviste en balde”.

Mario Melguizo Bermúdez